

La regla de vida de los pastores de almas

SEGUNDA PARTE:
DE LA VIDA DEL PASTOR EN EL OFICIO PASTORAL

CAPÍTULO I

Cómo debe conducirse en el gobierno de las almas aquél que ha llegado a él por medios ordenados:

La conducta del prelado debe ser tanto superior a la conducta del pueblo, cuanto la dignidad del pastor suele ser superior a la de su rebaño. Es necesario que pondere atentamente la obligación que le incumbe de observar una conducta intachable aquél en cuyo honor el pueblo toma el nombre de rebaño.

Debe ser limpio en sus pensamientos; señalado en su conducta; discreto en su silencio; aprovechado en sus palabras; pronto a compadecerse de cada uno; más elevado que todos en la contemplación; amigo por su humildad de los que obran bien; severo en su celo por la justicia con los vicios de los pecadores; sin que las ocupaciones exteriores mengüen su vigilancia interior, ni los cuidados de la vida interior le lleven a abandonar la dirección de los negocios exteriores. Iremos explanando algo más por menudo estas cualidades que hemos numerado en compendio.

CAPÍTULO II

Que el director de almas debe ser limpio en sus pensamientos:

Debe el director ser limpio en sus pensamientos, de suerte que no se contamine con ninguna impureza el que debe desempeñar un ministerio tal que ha de purificar de sus manchas los corazones ajenos; es menester, que procure tener limpia la mano que dispone a quitar la suciedad, de otro modo manchará todo lo que toca, si al pretender quitar la inmundicia, está inmunda ella misma. Por esto manda el Señor por boca del Profeta: «Purificaos vosotros los que traéis los vasos del Señor» (Is 52, 11). Llevan los vasos del Señor los que han recibido la misión de guiar las almas bajo su custodia a la patria eterna. Miren bien cuán limpios deben ser los que han de llevar al templo de la eternidad esos vasos vivos en el regazo de su propia responsabilidad.

Mandaba el precepto divino (Cfr. Ex 28) que llevara Aarón en el pecho, suspendido por cadenillas y broches de oro, el Racional del juicio, para enseñarnos que un corazón sacerdotal no debe abrigar pensamientos que carecen de resolución, sino que ha de gobernarse sólo por la razón; que no debe pensar nada vano e indiscreto quien está propuesto como dechado de los demás, sino que por la gravedad de su conducta manifieste cuánta rectitud alberga en su pecho. Estaba mandado también, que en dicho Racional estuvieran grabados los nombres de los doce Patriarcas; pues llevar siempre escritos en el pecho los nombres de los Patriarcas es meditar sin cesar la vida ejemplar de los antiguos pastores.

Sólo así camina el sacerdote con paso seguro, al no perder de vista los ejemplos de sus antecesores en el ministerio, medita incesantemente las obras de los Santos y reprime los torcidos pensamientos, para no asentar el pie fuera de los límites de lo permitido.

Llábase también a esto el Racional del juicio, pues el prelado debe discernir con

ánimo perspicaz lo bueno de lo malo, lo que más conviene y a quiénes, el cómo y el cuánto; pensar bien sus resoluciones y no buscarse a sí mismo, considerando como su más alto interés el bien de sus prójimos. Así está escrito: "En el mismo racional del juicio pondrás estas dos palabras: Doctrina y Verdad: las cuales Aarón llevará sobre su pecho cuando se presentare delante del Señor, y sobre su pecho llevará siempre el juicio de los hijos de Israel en la presencia del Señor" (Ex 28,30).

Para un sacerdote, llevar el juicio de los hijos de Israel en la presencia del Señor, significa que ha de resolver los negocios espirituales de los fieles de sus súbditos, teniendo sólo de mira a Aquél que es Juez de los corazones, de modo que nada de humano se mezcle en los asuntos que administra en nombre de Dios, ni sus resentimientos personales le hagan exagerado y áspero en su celo por corregir.

Y al manifestarse severo en presencia de los pecados ajenos, cumpla estrictamente su deber, sin que secretas envidias destruyan la serenidad de su juicio, ni arrebatos de cólera lo perturben. Y así, sin perder de vista el santo temor de Dios, que debe regirlo todo, infunda en sus súbditos una gran consideración y respeto. Temor es éste que, al paso que inspira humildad en el ánimo del prelado, lo purifica, e impide que se engría por la presunción, se manche con deleites carnales, se ofusque con la codicia de las cosas terrenales o se extravíe con mundanos pensamientos, cosas todas que suelen tentar el espíritu de los que gobiernan las almas, pero que ellos deben darse prisa en desechar con los esfuerzos de su voluntad, no sea que el mal que halaga con sus sugerencias, los subyugue con la blandura de sus deleites y que, al ser negligentes en rechazarlos, los rinda y mate con el agujijón del consentimiento.

CAPÍTULO III

Que el director de almas ha de ser señalado en su conducta:

Sea el que gobierna las almas dechado de los demás en sus obras, señalando a los súbditos con su conducta el camino de la vida, de suerte que el rebaño, imitando las costumbres y escuchando la voz de su pastor, camine más bien llevado por sus ejemplos que por sus palabras. Pues es claro que aquél que por deber de su ministerio está obligado a hablar de sublimes verdades, está obligado también a dar sublimes ejemplos; que cuando la conducta del que predica está de acuerdo con lo que enseña, sus palabras penetran más fácilmente en el corazón de sus oyentes, presentando como llano y hacedero con sus ejemplos lo de sus enseñanzas.

Por eso dice el Profeta: "Súbete sobre un alto monte, tú que anuncias buenas nuevas a Sión" (Is 40,9). Pues bien, el que tiene a su cargo el predicar de cosas celestiales, parece como si, levantándose por encima de los negocios de la tierra, descansara sobre una alta cumbre, por hallarse, siéndole así más fácil arrastrar a sus súbditos hacia el bien, por hallarse, con los ejemplos de su vida, predicando desde las alturas.

Mandaba la Ley divina (Cfr. Ex 29) para la consagración del Sumo sacerdote, que tomara éste por separado la espaldilla derecha del carnero, para significar que las obras del sacerdote no sólo deben ser provechosas sino también señaladas; que no sólo debe obrar bien en comparación con los malos, sino que también debe sobrepasar en pureza de costumbres a los súbditos buenos, así como los supera en el honor del orden.

Además del la espaldilla del carnero, era porción para el sacerdote el pecho, para indicarle que debe tomar del sacrificio, lo mismo que de su propia persona debe inmolar en honor del Creador.

No basta que guarde en el pecho sus buenos pensamientos, sino que ha de incitar con el brazo de sus obras hacia las cosas sublimes a los que en él se miran, de modo que ni ambicione la prosperidad de la vida presente, ni lo amedrenten las adversidades; desdeñe con la reflexión los halagos del mundo, y las dificultades las desprecie con el halago de las dulzuras interiores. Por lo cual mandaba también la Ley (Cfr. Ex 29) que el Efod del Sumo Sacerdote se sujetara a los dos hombros, para estar prevenido y armado con aderezo de las virtudes tanto contra las adversidades como contra la prosperidad, y según la prescripción de San Pablo, proceder "con las armas de la justicia para luchar a la diestra y a la siniestra" (2 Co 6-7), buscando su solo apoyo en la gracia interior, sin doblegarse hacia ningún lado ante los bajos deleites. Ni la prosperidad lo engría, ni las contrariedades lo abatan, ni los halagos lo inclinen al placer, ni las amenazas lo induzcan a la desesperación; de suerte que se manifieste adornado en ambos hombros por el esplendor del Efod, no doblegando ante ninguna pasión la rectitud de su conciencia.

Y no sin motivo estaba mandado que el Efod se hiciera "de oro, de jacinto, de púrpura y grana dos veces teñida y de fino lino retorcido" (Ex 28,8), para significar la variedad de virtudes de que el sacerdote debe estar adornado. Debe brillar en las vestiduras sacerdotales, ante todo el oro, que simboliza principalmente el brillo de una sabia inteligencia. Agregase el jacinto, que tiene un brillo de color azul celeste, para significar que de las verdades que estudia y escudriña con su inteligencia, ha de elevarse al amor de las cosas celestiales y no rebajarse a los goces rastreros, no sea que cayendo incautamente en la red de las alabanzas, se vea privado de la misma inteligencia de la verdad.

Al oro y al jacinto ha de mezclarse la púrpura (que es atributo de reyes) para dar a entender que el corazón sacerdotal al mismo tiempo que nutre en esperanza los bienes que en sus sublimes enseñanzas predica, ha de saber dominar en sí mismo los halagos y sugerencias del mal y combatirlos como revestido de regia potestad, de suerte que tenga siempre fijas sus miradas en la nobleza interior de que ha sido investido y mantenga con sus costumbres la honra del reino celestial que representa.

Hablando de esta nobleza espiritual, dice San Pedro: "Vosotros sois el linaje escogido, una especie de sacerdotes reyes". (1 P 2,9). Y viene a corroborar lo soberano de esta potestad con que reprimimos el mal, la sentencia de San Juan, que dice: "A los que le recibieron (al Verbo) dióles poder de llegar a ser hijos de Dios" (Jn 1,12). De esta dignidad y poder trata el Salmista al decir: "Mas yo veo, Dios mío, que Tú has honrado sobremanera a tus amigos; su imperio ha llegado a ser sumamente poderoso (Sal 138,7).

Se remonta a las alturas el espíritu de los santos, a modo de príncipes, cuando los vemos soportar resignados las afrentas exteriores. Al oro, al jacinto y a la púrpura ha de agregarse la grana dos veces teñida; para significar que, a los ojos del Juez de nuestras conciencias, han de aparecer todas las demás virtudes adornadas con la caridad; que todo lo que brille a la faz de los hombres ha de estar inflamado en el fuego del amor, a la faz del secreto árbitro de las almas. Y esta caridad, que abraza con su amor a Dios y al prójimo, ha de resplandecer como con doble matiz.

Aquellos que de tal modo se entregan a la contemplación de Dios, que descuidan el alma de sus prójimos, o de tal modo desempeñan la cura de almas que se entibian en el divino amor "culpables de negligencia en uno de estos dos deberes" no saben llevar su Efod adornado con grana dos veces teñida. Pero no basta que el alma aspire a la perfección de los preceptos de la caridad, es necesario además que se mortifique la carne con la abstinencia, por eso, a la grana teñida dos veces, se añade el fino lino retorcido. El lino, que brota de la tierra con graciosa lozanía, ¿qué otra cosa puede significar sino la castidad que crece lozana con la blancura de la pureza corporal? El lino retorcido entra a formar parte del Efod y a contribuir a su belleza, porque la castidad sólo llega al perfecto esplendor de su limpieza, cuando la carne se rinde y, en cierto modo, se retuerce bajo el peso de la abstinencia. Y así como blanquea el lino retorcido en medio de la magnificencia del Efod, así se destaca también la mortificación de la carne en medio de las demás virtudes.

CAPÍTULO IV

Que el director de almas ha de ser discreto en su silencio y aprovechado en sus palabras.

Para que no calle lo que ha de decir ni diga lo que ha de callar, el director de espíritu debe ser prudente en su silencio y aprovechado en sus palabras.

Pues así como quien profiere una expresión imprudente puede ser causa de engaño, también el que guarda un silencio indiscreto puede inducir a error a aquellos a quienes debiera instruir.

Con frecuencia ciertos superiores mal avisados, por temor de perder el favor de los hombres, no se atreven a hablar libremente de lo que es justo, y, según expresión de la eterna Verdad, no desempeñan el oficio de buenos pastores en la guarda de sus rebaños, sino el de mercenarios, pues, al ver llegar al lobo, huyen a esconderse en un culpable silencio.

A estos tales reprende el Señor por boca del Profeta, llamándolos: "perros mudos que no saben ladrar" (Is 56, 10); y de nuevo se queja de ellos, cuando dice: "Vosotros no habéis hecho frente, ni os habéis opuesto como muro a favor de la casa de Israel, para sostener la pelea en el día del Señor (Ez 13, 5).

Hacer frente es combatir con libertad de palabra contra las potestades del mundo en defensa del rebaño; sostener la pelea en el día del Señor es combatir a los impíos agresores, por amor de la justicia. Y ¿qué otra cosa es para un pastor sino volver afrentosamente las espaldas al enemigo, el callar la verdad por temor?

Al contrario, si presenta su pecho a favor de su rebaño, es como si opusiera un muro a los enemigos en defensa de la casa de Israel. Por otra parte, dice el Profeta al pueblo prevaricador: "Tus profetas te vaticinaron cosas falsas y necias, y no te manifestaban tus maldades para moverte a penitencia" (Lm 2, 14). Es frecuente en la Sagrada Escritura dar a los sacerdotes el nombre de Profetas, pues en realidad, cuando predicán lo deleznable de las cosas presentes, profetizan lo venidero. Repróchales la Escritura Sagrada porque vaticinan cosas falsas, pues si son cobardes para corregir los pecados de los fieles, si no delatan las iniquidades de los pecadores, absteniéndose de dar la voz de alarma, es como si adormecieran a los pecadores con promesa de una falsa seguridad.

La Palabra que corrige es como la llave que sirve para abrir, pues al echar en cara la culpa que a veces ignora el mismo que la ha cometido, se la descubre, por lo cual dice San Pablo: "Sea (el obispo) (Tt 1, 9). Y por su parte dice Malaquías: "En los labios del sacerdote ha de estar el depósito de la ciencia, y de su boca se ha de aprender la Ley, puesto que él es el ángel del Señor de los ejércitos" (Ml 2, 7). Y amonéstale el Señor por medio de Isaías diciéndole: "Clama, no ceses, haz resonar tu voz como una trompeta" (Is 58, 1).

El que abraza el ministerio sacerdotal, desempeña el oficio de pregonero, que precede con sus pregones la llegada del eterno y temible juez que le sigue. Si pues el sacerdote no sabe predicar ¿cómo, pregonero mudo, podrá cumplir su ministerio de clamar? Por eso el Espíritu Santo vino a descansar sobre los primeros pastores de la Iglesia en figura de lenguas, y los hizo inmediatamente hablar en público de la gracia de que los había colmado: Por eso también manda Moisés que el sacerdote, al entrar en el tabernáculo, lleve un ruedo de campanillas de oro, para significarles que han de predicar, y no ofender con su silencio al supremo juez que los contempla. Estaba mandado: que "se oiga el sonido (de las campanas) cuando entra o sale del santuario a la vista del Señor, y no pierda la vida" (Ex 28,35).

Por tanto el sacerdote, tanto al entrar como al salir, pierde la vida, si no se oye su sonido, esto es, atrae sobre sí las iras del soberano Señor, si camina sin producir el ruido de la predicación. Con razón se dice del sacerdote que ha de llevar las campanillas colgadas de sus vestiduras, pues conforme a lo que atestigua el Profeta: "Revístanse tus sacerdotes de justicia" (Sal 131,9), ¿Qué otro sentido podemos dar a las vestiduras del sacerdote sino el de sus buenas obras? Han de estar, pues, pendientes de sus vestiduras las campanillas, de modo que las obras del sacerdote, al par que las palabras de su boca, han de predicar y enseñar el camino de la vida.

Por otra parte, al prepararse el predicador para hablar, repare bien en la prudencia con que ha de expresarse, no sea que en medio de los arrebatos de la palabra, hiera con sus errores el corazón de sus oyentes; o al pretender aparecer como erudito, destruya neciamente la trabazón de la unidad. De ahí que mande la eterna Verdad: "Tened siempre en vosotros la sal, y guardad la paz entre vosotros" (Mc 9,49). La sal es el símbolo de la sabiduría en las palabras. Quien desee, pues, hablar sabiamente, cuídese mucho de no destruir con sus palabras la unidad entre los que le escuchan. Y así dice San Pablo: «En vuestro saber no os levantéis más alto de lo que debéis, sino que os contengáis dentro de los límites de la moderación». (Rm 12,3).

Por eso mandaba el Señor que en las vestiduras sacerdotales fueran alternadas las campanillas de oro con las granadas de jacinto. ¿Qué otra cosa significan las granadas, sino la unidad de la fe? Pues así como en la granada, bajo una misma corteza exterior, están apiñados dentro muchos granos, así también la unidad de la fe abraza y encierra a los incontables pueblos que forman la Santa Iglesia, tan diversos en sí por la variedad de su poder y cultura. Y para que el prelado no se lance a predicar sin preparación y prudencia, la Verdad misma hace resonar a los oídos de sus discípulos las ya citadas palabras: "Tened siempre en vosotros la sal de la sabiduría y así guardad la paz entre vosotros". Que es como si, por medio de las simbólicas vestiduras sacerdotales, les dijera: "Alternad las granadas de jacinto con las campanillas de oro, de modo que en toda la doctrina que predicáis, conservéis con prudencia la unidad de la fe".

No basta que los directores de almas eviten con todo esmero la predicación de doctrinas erróneas o malas, sino que han de procurar además enseñar las mismas cosas buenas con orden y medida: pues la predicación pierde a veces todo su buen efecto porque, para hacerla llegar al corazón de los oyentes, se la pule y desmenuza con una inmoderada palabrería: semejante abuso de locuacidad deshonra al mismo que la emplea, pues demuestra ignorar lo que en realidad aprovecha al alma de sus oyentes.

Dijo el Señor a Moisés: "El hombre que padece gonorrea sea inmundo" (Lv 15, 2). Para el alma de los oyentes la palabra que escuchan es como la semilla de sus futuros pensamientos, pues en cierto modo la palabra que entra por el oído engendra sus ideas en el entendimiento; y así los mismos sabios del mundo llamaron al gran predicador de las Gentes sembrador de palabras. Teníase por inmundo al que padecía gonorrea, porque el que está sujeto a la verbosidad, se deshonra a sí mismo, pues si se expresa debidamente, podría engendrar en el alma de sus oyentes fecundas ideas de santidad, mientras que si se pierde en inmoderada palabrería, arroja su semilla, no empleándola para producir fruto, sino para causar su propia afrenta.

Asimismo San Pablo, al advertir a su discípulo Timoteo la estricta obligación de predicar, le dice: «Te conjuro, delante de Dios y de Jesucristo, que ha de juzgar a vivos y muertos, al tiempo de su venida, y de su reino, predica la palabra de Dios, insiste oportuna e importunamente» (2 Tm 4, 1). Antes de mandarle que predique importunamente, le manda que lo haga oportunamente, pues si al misma importunidad de la palabra no es oportuna, ella misma se desacredita ante el concepto de los oyentes.

CAPÍTULO V

Que el prelado ha de allegarse a todos por su bondad compasiva y sobre todos por su alta contemplación.

Ha de hallarse el director de almas al nivel de los fieles por su compasivo corazón, y por encima de todos en su espíritu de contemplación; ha de hacer suyas las penas y dolencias de los demás con la blandura de sus entrañas; mientras por otra parte, en sus ansias de las cosas del cielo ha de elevarse sobre sí mismo; pero de modo que, ni por elevarse desprecie las penalidades de sus prójimos, ni por aliviar las penas de sus prójimos abandone la altura de sus pensamientos. Y así vemos que San Pablo es arrebatado hasta el tercer cielo, y allí escudriña los secretos celestiales, sin embargo, enajenado en la contemplación de las cosas invisibles, aparta de allí sus miradas para fijarlas en las miserias de la carne, disponiendo cómo deben gobernarse las ocultas pasiones, diciendo: "Mas para evitar fornicación, viva cada uno con su mujer, y cada una con su marido, que el marido pague a la mujer el débito y lo mismo la mujer para el marido" (1 Co 7, 2). Y poco más adelante continúa: "No queráis defraudaros el derecho legítimo, a no ser por algún tiempo de común acuerdo, para dedicaros a la oración, y después volved a cohabitar, no sea que os tienta Satanás" (1 Co 7, 5). Vedle como, desde las alturas de los celestiales arcanos, desciende con sus entrañas de misericordia a resolver lo referente al comercio carnal, y la misma mirada de su corazón que tenía fija en las sublimidades del cielo, la vuelve compasivo a las secretas debilidades de la tierra.

Se remonta su contemplación hasta los cielos, sin abandonar con sus cuidados el terreno de las humanas miserias: pues unido a lo más alto y a lo más bajo con las ligaduras de la caridad, se remonta valeroso a las alturas por el empuje de su propio espíritu, y desciende hacia los demás con su compasión. Y así pudo decir: «¿Quién enferma que no enferme yo con él? ¿Quién cae en escándalo que yo no me requeme?» (2 Co 11 -29). Y en otra parte repite: "Con los judíos he vivido como judío". (1 Co 9, 20).

Y esto lo manifestaba, no para ocultar su fe, sino para ensanchar su corazón, poniéndose en el lugar de los infieles para aprender por sí mismo como debía compadecerse de los demás, con el fin de hacer por ellos lo que hubiera querido que hicieran por él, si se hallara en semejante coyuntura. Por eso declara: "Si estáticos nos enajenamos, es por respeto a Dios: si nos moderamos o humillamos, es por vosotros" (2 Co 5,13). ¡De tal modo había llegado a sobreponerse a sí mismo por la contemplación, y al propio tiempo, a adaptarse a los demás por la condescendencia!

Vio también Jacob en su sueño subir y bajar a los ángeles desde la cima de la escala donde se asentaba el Señor hasta el suelo, hasta la piedra que luego lo ungió; pues los predicadores de la verdad, no sólo deben tender con la contemplación hacia la cima sagrada de la Iglesia que es Dios, sino que también deben descender con la misericordia hasta sus más íntimos miembros. Por eso Moisés entra en el tabernáculo y sale de él; y si dentro es arrebatado en éxtasis, fuera se interesa por los negocios de los que sufren; dentro contempla los arcanos divinos, fuera compadece las miserias humanas.

Asimismo, cada vez que se le ofrece alguna dificultad, acude al tabernáculo y consulta al Señor delante del Arca de la Alianza, dando de este modo un gran ejemplo a los prelados, los cuales, cuando duden cómo proceder en las cosas exteriores, han de entrar en sí mismos, como en un tabernáculo, para consultar a Dios sobre sus dudas, como si estuvieran delante del Arca de la Alianza, cuando escudriñan en su interior las Sagradas Escrituras.

Así el Verbo Divino, al manifestársenos revestido de nuestra naturaleza mortal, se acoge a la oración en la montaña y luego obra milagros en las ciudades, dando así un ejemplo que imitar a los buenos prelados que han de aspirar a las cosas sublimes en la oración y al mismo tiempo han de bajarse compasivos hasta aliviar las necesidades de los débiles.

Pues sólo es admirable la caridad en sus sublimes arranques, cuando desciende misericordiosa hasta las miserias de los prójimos; y tanto más atrevida es en sus elevados vuelos, cuanto más compasiva se humilla ante los pequeños. Los que gobiernan deben mostrarse tales que los súbditos no tengan reparo en manifestarles hasta sus más recónditos secretos; que cuando están expuestos los pequeños a los embates de la tentación, acudan a su pastor como al regazo de una madre, y que los que se sienten manchados con la infamia de la culpa que los remuerde, la laven con las lágrimas de penitencia y la remedien con las exhortaciones de su pastor.

A las puertas del antiguo templo estaba el llamado mar de bronce para lavarse las manos los que asistían al santuario; este mar o depósito descansaba sobre doce bueyes con la cara hacia fuera y las partes traseras ocultas debajo. ¿Qué otra cosa significan los doce bueyes sino el conjunto de los pastores de almas? Al referirse a ellos la Ley, según atestigua San Pablo, dice: "No pondrás bozal al buey que trilla en la era" (1 Co 9,9); Deut. 25,4).

Nosotros vemos, si, las acciones públicas de los pastores, pero ignoramos qué es lo que les está reservado ante el Juez inexorable en la oculta retribución de los actos. Ellos son los que, cuando disponen su compasivo corazón para lavar los pecados que confiesan los fieles, en cierto modo sostienen el depósito de agua a las puertas del templo, con el fin de que todos aquellos que desean entrar en la eternidad, manifiesten a su

pastor sus propias tentaciones o caídas y se purifiquen las manos de sus obras y pensamientos en el mar de bronce sostenido por los bueyes.

Puede suceder que el director de almas, al tiempo que se va enterando compasivamente de los pecados ajenos, se sienta él asaltado por las mismas tentaciones que ha oído; pues el agua misma del depósito en que la muchedumbre se lava, llega a ensuciarse, y al paso que se limpian en ella la suciedad, va perdiendo su transparencia cristalina. Pero no han de atemorizarse por esto los pastores, pues alcanzarán con tanta mayor facilidad, de Dios que todo lo sabe, verse libres de sus tentaciones, cuanto con mayor caridad se cuiden de las tentaciones ajenas.

CAPÍTULO VI

Ha de ser por su humildad el director de almas accesible y llano con los que obran bien, resuelto y celoso de la justicia con los vicios de los malvados.

Sea además el pastor asequible y bondadoso con los que obran bien; animoso y lleno de celo con los pecadores; de suerte que nunca se manifieste altanero con los buenos, pero haga pronto uso de su autoridad cuando así lo exijan los desmanes de los malos; considerándose igual a los fieles que viven bien, desdeñe los honores, y no tema ejercitar sus derechos de rigor con los perversos .

Pues, como recuerdo haber escrito en mis libros Morales (Greg. Mor 21,22), la naturaleza ha hecho iguales a todos los hombres: sólo el pecado los ha colocado a los unos en situación inferior a los otros, según el orden de sus méritos. Y esta misma diversidad que proviene del pecado está dispuesta por voluntad de Dios, de modo que, no pudiendo todos los hombres ser igualmente esforzados y fuertes, unos se sostengan a otros. De suerte que los que están llamados a gobernar, no deben considerar en sí su autoridad de mando, sino la semejanza de condición con los demás; ni se gloríen de poder mandar a los hombres, sino de servirlos.

Téngase presente que nuestros antiguos patriarcas no fueron reyes de los hombres, sino pastores de ovejas. Y después de haber dicho el Señor a Noé y a su hijos: "Creced y multiplicaos y poblad la tierra, -luego añadió- que teman y tiemblen ante vosotros todos los animales de la tierra (Gn 9 1,7). Si manda, pues, que ejerzan su poder con terror sobre los animales de la tierra, es que prohíbe que lo ejerzan sobre los hombres. Ese hombre que por su naturaleza está por encima de los brutos, no lo está de los demás hombres, y por eso debe infundir temor a los animales, no a los hombres, pues sería contra naturaleza engreirse, queriendo imponer temor a seres iguales.

Y sin embargo, es necesario que los prelados se hagan respetar por sus súbditos, cuando ven que éstos no respetan a Dios, y procurar que se abstengan del pecado al menos por temores humanos, ya que no lo hacen por miedo a los juicios y castigos divinos.

Ni los prelados han de hallar en este indispensable respeto motivos de engreimiento, pues en ello no han de procurar su propia gloria, sino el perfeccionamiento de sus fieles.

Desde el momento en que imponen temor y respeto a los que viven mal, en cierto modo no ejercen poder sobre hombres, sino sobre animales, pues su parte animal lo que se somete y sólo en su concepto de tales deben permanecer sometidos.